

Revisión de dos argumentos de autoridad como  
solución al problema del mal del siglo XIII y sus  
ecos en el presente

Review of two authority arguments of the  
thirteenth century as a solution to the problem of  
evil, and its echoes in the present

Rodolfo Bernal Escalante  
Universidad Autónoma de Aguascalientes  
rodber@correo.uaa.mx

Juan José Láriz Durón  
Universidad Autónoma de Aguascalientes  
jjlariz@correo.uaa.mx

## Resumen

El saber de dónde viene y por qué existe el mal ha sido la pregunta milenaria y desesperada que el ser humano no ha

cesado de hacerse a lo largo de su historia. Si Dios es la causa primera de todo cuanto es, entonces también sería el causante del mal. Esto arroja varias interrogantes: ¿Cómo es que un Dios que es por esencia bueno pueda ser la causa del mal? ¿Si el mal procede últimamente de Dios, entonces no es la causa primera de todo? Por ello, en este ensayo hay una amplia revisión a diversos autores que discuten éstas y otras preguntas acerca del problema del mal desde las vertientes necesarias para comprenderlo.

Palabras clave: mal, Dios, bien, moral.

## Abstract

To know where the evil comes from and why there is evil has been the thousand-year-old and desperate question that the human being has not stopped doing throughout his history. If God is the first cause of everything that is, then it would also be the cause of evil. This argument raises several questions: How is it that a God who is essentially good can be the cause of evil? If evil comes from God, then God isn't the first cause of everything? Therefore, in this essay there is a broad review of various authors who discuss these and other questions about the problem of evil from the aspects necessary to understand it.

Key words: evil, God, good, moral.

## Introducción

Si el diablo es el autor del mal, ¿quién fue el que le hizo a él? Porque si él mismo por su mala y perversa voluntad, de buen ángel que

era, se hizo y se mudó en demonio, ¿de dónde vino a él esa mala voluntad con la cual se hizo demonio, supuesto que todo él fue creado bueno por el Hacedor de todas las cosas, que es infinitamente bueno?

San Agustín (1983:157)

En el principio, desde que el hombre tuvo conciencia de sí mismo, siempre ha tenido que soportar el peso de la angustia derivada de su incesante encuentro con el mal. El saber de dónde viene y por qué existe el mal ha sido la pregunta milenaria y desesperada que el ser humano no ha cesado de hacerse a lo largo de su historia.

Pártase de la idea de que existe un solo Dios infinitamente perfecto, infinitamente inteligente, infinitamente sabio, infinita y esencialmente Santo y justo, causa primera de todo cuanto es; que es el sumo bien, la bondad misma; que es omnipotente y su poder es absolutamente infinito.

Si Dios es la causa primera de todo cuanto es, entonces también sería el causante del mal. Esto arroja varias interrogantes: ¿Cómo es que un Dios que es por esencia bueno pueda ser la causa del mal? ¿Si el mal procede últimamente de Dios, entonces no es la causa primera de todo? Esto implica que si Dios no es la causa del mal, entonces debe tener otro origen. ¿Por qué Dios, que es todo bondad y no puede jamás querer, causar ni aprobar el mal, lo permite? O ¿por qué Dios, que es omnisapiente, no

impide que los seres libres por Él creados abusen de su libertad y elijan el mal?

La explicación del problema del mal que ofrece Santo Tomás (1225-1274) la realiza a partir de éstas y varias objeciones más, basándose en las Sagradas Escrituras, siguiendo las huellas de san Agustín y fundamentando sus posturas con la obra de Aristóteles.

## 1. Argumento de Santo Tomás: ¿qué es el mal?

El mal es lo opuesto al bien. El bien es ser; en los seres creados, el ser es orden, es unidad, perfección y fin, es lo que todos apetecen.

El mal no puede ser un ser, ya que todo ser es bueno, y si el mal fuera un ser, sería bueno, lo cual es contradictorio. El mal es no ser, es algo totalmente negativo, es ausencia (es como los agujeros de un queso que existen gracias al queso, pero no por sí mismos). Santo Tomás sostiene que «con el nombre de mal se indica una determinada ausencia de bien» (S. T., I, 48, 1).

Se dijo que el ser es perfección, por tanto, el mal, que es falta de ser, también carecerá de perfección. La falta de ser, de perfección, es decir, el mal, se puede deber a un exceso o defecto de algún elemento que debe existir en una

determinada proporción o medida, o sea, dentro de un orden. Si falta esta proporción o medida, existe un desorden, que es el mal, ya que el orden es convertible con la noción de bien. Santo Tomás llama «...bueno a lo que está ordenado, y malo, no solamente a lo que está desordenado, sino a lo que también es perjudicial para otro» (S.T., I, 48, 1). (Por ejemplo, males o desórdenes por exceso es la catarata en los ojos, un tumor canceroso, el exceso de azúcar en la sangre, una inundación; males por defecto, la desnutrición).

El mal es pues la falta o carencia de los atributos que se predicen del ser, el mal es carencia de ser, de perfección, de orden, de unidad, de fin, de bien. Santo Tomás nos dice al respecto: «Porque el mal es privación del bien y no simple negación, no toda ausencia de bien es mal, sino la ausencia del bien que se puede y debe tener.» (S.T., I, 48, 5). Esta carencia de lo que se puede y debe tener según la naturaleza de una cosa, es una privación, que es en lo que consiste el mal. El mal es, pues, la privación del grado de ser, de la perfección, del orden, de la unidad, del fin, que cada cosa, de acuerdo a su naturaleza, debe tener.

No hay que perder de vista que este mal, esta privación o carencia de ser, es un ente el que lo padece, es decir, que el mal no puede existir sino en el ser. Esto significa que el mal no puede existir en sí mismo, el sumo mal, el mal puro. En la «Suma Teológica» leemos que: «...el bien y el mal son llamados géneros, no en sentido absoluto, sino como realidades contrarias, porque, así como toda

forma tiene razón de bien, así también toda privación, en cuanto tal, tiene razón de mal» (I, 48, 1).

El mal, o sea, la falta de perfección debida, existe tanto en las cosas como en las operaciones de las cosas, igualmente existe en las acciones humanas. (Por ejemplo, la producción desordenada por parte de la médula de leucocitos en un enfermo de leucemia, provoca la muerte.)

El grado de perfección del universo es una causa del origen del mal; los seres que lo constituyen, van en busca de un grado mayor de perfección, van ascendiendo por cada uno de los peldaños de la escala creciente de perfección, en esta búsqueda pueden ocasionar muchos males. Para explicar esto, Santo Tomás retoma un argumento de Pseudo Dionisio: «El mal no obra ni es deseado más que en virtud de algún bien que lleva unido. En cuanto tal, no es un fin, y está fuera de toda voluntad e intención.» (S.T., I, 48, 1).

(Un carnívoro en busca de su alimento produce un mal [la muerte] a un herbívoro. Un tumor canceroso produce un terrible mal en busca de su perfección, o sea, se expande en el organismo y lo conduce a la muerte).

Otra de las causas del origen del mal radica en que el grado de perfección que poseen los seres es limitado, finito. El universo y todo lo que lo compone no pueden tener una perfección infinita, sino que ésta sólo la posee el Dios creador. La limitación de la perfección de las cosas puede no ser suficiente para que los seres, al actuar en busca de su

propio bien, provoquen, al margen de sus tendencias, accidentes y males.

En este punto, Santo Tomás nos explica que

Se da el mal en las cosas, sin que los agentes lo intenten. Cuando de la acción de un agente resulta algo distinto de lo que él intentó, esto sucede al margen de su intención. Es así que el mal es diverso del bien que todo agente intentaba. Luego el mal se da al margen de toda intención (C. G., III, 4, 1-2).

En la Suma Teológica insiste que «El mal no puede tener causa sino accidentalmente» (S.T., I, 1, 49, 3).

## 2. El mal moral

De acuerdo con Santo Tomás, no hay ninguna criatura que sea mala por naturaleza. El mal moral, o sea el pecado, se introduce en el mundo a causa de la caída original. Por otra parte, todos los males que padece el ser humano no corresponden al hombre que Dios originalmente creó, sino que proceden de alguna otra causa posterior a la creación del primer hombre.

La Revelación enseña que la primera pareja humana tenían el don sobrenatural de la gracia Santificante, y dones preternaturales, como la ausencia del sufrimiento, el don de la inmortalidad, el don del conocimiento de verdades, tanto

naturales como sobrenaturales, además contaban con el libre albedrío.

Por causa del pecado original, el ser humano perdió la gracia Santificante y los dones preternaturales. Quedó sujeto a los sufrimientos y a la muerte; y disminuyó su libre albedrío. En la «Epístola a los Romanos», Pablo de Tarso sostiene que «Por un solo hombre entró el pecado en el mundo, y por el pecado, la muerte, y así la muerte pasó a todos los hombres» (Romanos 5:12).

Estos dones que perdieron Adán y Eva después de su caída no formaban parte de la naturaleza humana. Eran dones agregados a esta naturaleza. Además, como lo señala la cita anterior, Adán no había recibido dichos dones sólo para sí mismo, sino que, como padre de la humanidad, debía transmitirlos a su descendencia. Como bien sabemos, no los transmitió, ya que los había perdido por causa del pecado. Por consiguiente, la muerte, los males y todos los pecados posteriores provienen de este pecado original.

Sin embargo, Dios dio al hombre la dignidad de alcanzar, mediante sus propios actos, su fin último que es la felicidad; dichos actos son necesariamente libres. El acto moralmente bueno y virtuoso es un acto libre, prevenido por la gracia, que se produce en conformidad con las leyes de Dios, que marcan el camino hacia la perfección natural y sobrenatural, hacia Dios como fin último. Un acto moralmente malo es el pecado, también es un acto libre que consiste en apartarse del camino que conduce a la

perfección, el que lo realiza está optando por otra cosa distinta de Dios. El pecado es un acto que no está en conformidad con la ley de Dios y disminuye la perfección de quien lo comete. Es un acto que no apunta hacia el último fin. El mal del pecado radica en que es un elemento negativo, consiste en la falta de obediencia a la ley de Dios, es un mal, una privación.

Pero, de acuerdo a lo expuesto líneas atrás, el pecado original no es el origen único y primero de todos los males. Este pecado, que es en sí mismo un mal, tuvo necesariamente su origen en el limitado grado de perfección del hombre, en que este grado es finito. Y este pecado no puede ser el origen de todos los males, ya que el mal no solamente se presenta en los seres humanos, sino en todos los seres que componen el universo, males que se deben, como ya se dijo, a su alto grado de perfección y a que este grado es limitado, finito. Pero todos los males humanos sí provienen, en último término, del pecado original.

### 3. Dios no puede ser causa del mal

Ya que Dios es infinitamente perfecto, en Él no puede haber defecto ni imperfección; si el mal es la privación de la debida perfección, entonces, no puede haber mal en Dios, que es la plenitud absoluta de ser, mientras que el mal es no ser. Tampoco la voluntad de Dios puede inclinarse al mal,

ya que al crear, quiere el ser y el bien de las cosas, y no el mal, que es opuesto al bien. El acto creador de Dios es un acto de perfecto amor, no podrá pues, querer el mal de los seres que por amor crea. Así pues, Dios no puede ser el autor del mal.

El mal que se produce en el mundo tampoco puede deberse a que Dios no tenga el poder suficiente para evitarlo; la existencia del mal no requiere, para ser explicado, de la existencia de Dios, ya que el mal no es una sustancia, no es ser, sino privación de ser. El mal no es producido por Dios, sino que se produce al moverse los seres hacia su fin, actuando por una tendencia buena en sí misma, pero lo hacen con una perfección limitada, que hace que se produzcan accidentes que originan males. Santo Tomás recuerda las enseñanzas de San Gregorio que sostiene que «Dios no crea males, que no son nada por su naturaleza» (C. G., III, 41), y las de san Agustín, quien dice que «Dios no es el autor del mal, porque no es causa de la tendencia al no ser» (S, T., I, 49, 2).

#### 4. Dios permite el mal

Dios quiere el bien de las cosas existentes en el universo y de los seres humanos, aunque prevé que ese bien lleva implícita la posibilidad de un mal, lo permite, ya que si Dios no permitiera los males, el universo estaría fijo e inmóvil,

sería mucho menos perfecto, y muchos bienes importantes dejarían de existir. Aunque existan males, el resultado será siempre un bien.

Dios permite pues el mal, debido a que, al haber males, hay la posibilidad de que existan tantos bienes de una gran perfección. Si Dios no permitiera ningún mal, no existiría el movimiento de los seres, las cosas no podrían por sí mismas tener la dignidad de moverse ellas mismas a su fin; no existiría el orden entre las actividades de las cosas. Si tampoco permitiera el pecado, no existiría la libertad humana ni el mérito ni la vida eterna como recompensa. Así, dice Santo Tomás: «Si todos los males se impidieran, muchos bienes faltarían en el universo» (S. T., I, 22, 2).

Otra razón por la que Dios permite el mal es que frecuentemente aprovecha el mal existente para sacar de éste bienes mayores. En el universo son muchos los procesos en que Dios ha ordenado las cosas del tal manera que un mal sirva para que se produzca un bien (la muerte produce vida). La malicia de los perseguidores ha originado, dice san Agustín, la meritoria paciencia de los perseguidos (en S. T., I, 48, 2 *in fine*). El pecado del hombre hace posible la misericordia y el perdón de Dios. El pecado original trajo como consecuencia la Redención.

## 5. Noción del mal

Haciendo una síntesis de la postura de Santo Tomás, se observa que distingue cuatro tipos de mal. El mal absoluto, al cual descarta por considerarlo como una abstracción no vinculada a la realidad, ya que el mal absoluto es absolutamente nada. También se negó a llamar mal al «metafísico», porque la inferioridad de la creación respecto a Dios es una necesidad lógica. En lo que respecta al mal moral, recurrió al libre albedrío para restringir la responsabilidad de Dios. En su solución, Dios no es responsable por el mal moral, ya que éste es opción libre y directa del agente. La predestinación y la providencia de Dios gobiernan el universo, pero este plan providencial contempla el libre albedrío y sus consecuencias.

En relación al mal natural distinguió entre carencia y negación. Algunas carencias de las criaturas no son propiamente tales, por tanto no son males naturales. Que a una piedra le falte la vida no es una carencia, sino negación, y de ninguna manera es un mal. La carencia real, el mal natural, ocurre solamente cuando una criatura se la priva de algo que por naturaleza le pertenece. El mal es un fracaso de un sujeto determinado para alcanzar la plenitud de su ser. Cada criatura está, por naturaleza, destinada a realizarse completamente en Dios, el mal es lo que obstruye esta realización. (Según esto, una niña que nace con una parálisis que le impide caminar no es una niña completamente

realizada, por lo tanto, la parálisis de la niña es un mal natural).

Santo Tomás sostiene que Dios es responsable de la totalidad del universo. No puede existir otro principio independiente, otra causa originaria del mal, no existe el sumo mal. El mal total es completa carencia, es no ser. Dios hace buenas todas las cosas, todo lo que existe es bueno porque Él lo ha creado. Además sostiene que el mal no podría existir sin el bien, ya que el mal no existe en sí mismo y por lo tanto debe existir como un defecto de un ser inherentemente bueno. Utilizando los conceptos de Aristóteles, Santo Tomás considera que todo mal tiene una causa, argumenta que el mal carece de causa formal y final, debido a que en sí mismo no es nada, pero que sí tiene causa material, que es el bien dentro del cual reside, y causa eficiente, que es el agente en el que se manifiesta el defecto. El mal natural tiene siempre, obviamente, una causa natural. Cualquier defecto de la naturaleza es causado por algún defecto anterior, estos defectos son tan sólo productos accidentales del bien. (Los virus causan mal y sufrimiento a otras criaturas sólo «por accidente»: pero son buenos en sí mismos). Dios nunca desea el defecto, sino solamente el bien en que el defecto reside. Por lo tanto, según Santo Tomás, puede decirse que Dios es causa de esos males naturales sólo «por accidente». Además argumenta que como en sí mismo Dios carece de defectos, no puede ser causa de ellos. No desea ningún mal, pero permite que

ocurra porque con ello logra un bien mayor, su providencia extrae bien de mal.

Sostiene igualmente que lo corruptible y lo perecedero de las criaturas son necesidades de un universo lo bastante diverso como para reflejar y expresar plenamente a su creador. Un universo en el cual nada fuera perecedero sería estático. El mal y el defecto están subordinados y dependen de un bien mayor. No sería lógicamente posible crear un universo lleno de vida sin la corrupción, la muerte y el sufrimiento que esto acarrea.

Así pues, para Santo Tomás, Dios no desea el mal natural, pero lo permite como condición necesaria para la existencia del universo.

## 6. Argumento de Giovanni di Lugio<sup>1</sup>

Toda la teología cátara nace del esfuerzo de encontrar una justificación a la existencia del mal y a este angustioso sentimiento de extrañeza al mundo. ¿Por qué un Dios bueno pudo permitir la existencia del Mal? Se han dado

---

<sup>1</sup> Giovanni de Bérgamo o Giovanni di Lugio, fue obispo de la Iglesia cátara de Desenzano entre 1250 y 1260. Se conocen sus ideas indirectamente por el inquisidor lombardo Raynier Sacconi, en su obra *Summa de catharis* (1250), y directamente por el *Libro de los dos principios*, escrito por él o por alguno de sus discípulos. Ver Nelli; 171; y Zambon; 23.

muchas justificaciones por parte de los teólogos para conciliar la idea de un Dios perfecto con un mundo imperfecto y malo. En algunos casos se ha liberado a Dios de toda responsabilidad de pecado. Dios creó el universo perfecto, pero concedió al hombre el libre albedrío, aquel se rebeló contra su creador y se inclinó por el mal, o sea, que el hombre es el responsable de la existencia del mal. Pero este argumento es muy frágil, debido a que contradice la noción de un Dios todopoderoso y omnisciente. Si Dios de antemano sabía que el hombre iba a tender al mal concediéndole libre albedrío, entonces produjo a sabiendas un mundo malo. Otros teólogos han argumentado que el mal no existe, que no hay más que un bien relativo. Los monoteístas consideran que toda la creación se ve arrastrada en un proceso ascendente que la conduce progresivamente hacia el Bien supremo. Lo cierto es que todo el sufrimiento, el dolor, la desesperación, la angustia y todos los horrores de la historia humana son muy objetivos y reales.

Los teólogos cátaros, al igual que el resto de los dualistas, proponen otra solución. En el origen había dos principios primordiales y coeternos. Existen dos creaciones: la buena y la mala. La primera, obra del verdadero Dios, es incorruptible y eterna; la otra creación, obra de Satán, abarca, en cambio, todas las cosas vanas y corruptibles que se ven en este mundo perverso y que sin duda volverán a la nada tal y como de la nada vinieron. Giovanni di Lugio,

obispo de la Iglesia cátara, propone el siguiente argumento para demostrar la existencia de estos dos principios:

He querido empezar, en honor el Padre Santísimo, por los dos principios y confutar la doctrina, tan contraria a casi todas las personas religiosas, de un principio único. Pero en primer lugar: o existe un principio primordial o más de uno. Si hay uno y no muchos, como sustentan los ignorantes, entonces el mismo ha de ser necesariamente o bueno o malo. Pero malo no puede ser; porque dimanarían solamente las cosas malas y no las buenas, como dice Cristo en el Evangelio del bienaventurado Mateo: «Un árbol malo produce frutos malos; no puede un árbol bueno producir frutos malos, ni un árbol malo producir frutos buenos» [Mt. 7,17-18] (en Zambon, 1997: 45).

Había pues, dos principios igualmente eternos. Uno es el Dios del Ser y del Bien, el cual había creado todas las cosas buenas, el mundo invisible e incorruptible de lo espiritual; el otro es la Raíz del Mal, es un Dios maligno de la corrupción que se manifiesta en la materia caótica. Así pues, existe una eternidad buena y estable y una eternidad mala, la de la Materia que consiste en una duración indefinida. Hay una oposición entre la creación luminosa y la creación informe, condenada a la corrupción, a las tinieblas, a la muerte, a la nada. Así lo demuestra Giovanni di Lugio en el siguiente argumento:

Ahora bien, que existe una eternidad, una perpetuidad y una antigüedad en otros dioses aparte del Señor Dios verdadero, podemos fácilmente demostrarlo por medio de las Escrituras. Cristo dice en el Evangelio de Mateo: «Entonces el rey dirá a los que estén a la izquierda: “Apartaros de mí, malditos, al fuego eterno, preparado para el diablo y para sus ángeles”» [Mt. 25,41]. [...] De su antigüedad está escrito en el Apocalipsis: «Y fue arrojado aquel dragón grande, la antigua serpiente, llamada diablo y Satanás» [Ap. 12,9]. Por consiguiente, si cuando se habla de eternidad, perpetuidad y antigüedad hay que entender que las esencias de las cosas no tienen ni principio ni fin —como resulta evidente, por ejemplo en el caso del Dios bueno— con igual claridad se ha demostrado anteriormente que el pecado, las penas, las soledades, el error, el fuego, el suplicio, las cadenas y el diablo no tienen principio ni fin, sea que estos hombres designen el principio supremo del mal, sea designen sus defectos. Ellos atestiguan una única causa, eterna sempiterna o antigua, porque si en efecto es eterno o sempiterno, se deduce necesariamente que también lo es su causa. Así pues, existe sin duda alguna un principio malvado del cual se derivan propia y primordialmente estas eternidades o perpetuidades o antigüedades (en Zambon; 97-98).

Existe pues, otro creador y otra creación, como bien lo señala el obispo de Desenzano al realizar su interpretación de las Escrituras:

Nuestro Señor es el creador y el autor de esta creación (la del mundo incorruptible de los espíritus), pero no de los elementos de este mundo, impotentes y vacíos. [...] Todavía menos podemos admitir que nuestro Señor sea el creador y el autor de la muerte y de las cosas que están, por esencia, en la muerte, porque, como dice el Libro de la Sabiduría: «Que Dios no hizo la muerte, ni goza por la pérdida de los vivientes» [Sb 1,13]. Existe, sin ninguna duda, otro creador o «factor», que es origen y causa de la muerte, de la perdición y de todos los males (en Zambon, 1997: 89).

Estos dos principios creadores de ninguna manera son idénticos, no son iguales en valor y en potencia, tampoco lo son estas dos creaciones consideradas como totalidades opuestas, que no están en el mismo plano de la realidad. Solamente el mundo superior posee una plenitud de ser; mientras que el mundo de la materia se encuentra ontológicamente degradado, es decir, colmado de inexistencia. Todos los escritos cátaros proclaman la debilidad óptica y la impotencia para crear del principio maligno. Además lo identifican con la nada, y lo contraponen a lo que constituye la esencia más profunda del mundo espiritual y divino, es decir, la caridad.

El Dios del bien no cambia jamás, ya que la superioridad del buen principio reside en su eternidad. El Bien no es susceptible de ningún cambio, es inmutable,

«semejante al Padre». Mientras que el malo dura indefinidamente, ya que es principio, pero siempre en el cambio perpetuo y en el caos, está sujeto a la inestabilidad, al cambio, a la corrupción. El principio del Bien no puede hacer más que eso, el Bien; en tanto que el otro posee el don funesto de la libertad, imagen moral de cambio. Ya san Agustín afirma que, en la criatura, el libre albedrío se vuelve siempre hacia el Mal (ver *Del libre albedrío*, III, 18, 50)<sup>2</sup>.

Para Giovanni di Lugio, el Mal es eterno, y es pecado, castigo, angustia, error, fuego y suplicios y Satán. Y no tuvo comienzo ni tendrá fin. Y califica a Satán de mentira, error, potencia vana (no verdadera) e impotencia para actuar de otro modo que en el plano del Mal, que no tiene verdadero ser.

Este teólogo heterodoxo creía que había una Raíz del Mal, muy oculta e irreconocible, y que todos los males - comprendido Satán- eran sólo su expresión subsidiaria. Satán es pues, hijo de este dios de las tinieblas, de esta Raíz del mal, es decir, su emanación o manifestación. Sostiene que Satán es sólo un ser derivado del mal principio, y que éste es otra cosa que nadie en este mundo puede mostrarnos de manera visible y temporal; por lo tanto, afirma que este mundo, más que obra de Satán, es obra del «Padre de Satán».

---

<sup>2</sup> San Agustín (1978; 480).

Así pues, los dualistas absolutos, cuyo representante principal era Giovanni di Lugio, solían siempre distinguir entre Satán y el «padre de Satán». Por ejemplo, para ellos, el Padrenuestro es interpretado con un claro sentido dualista, creían que era necesario decir «Padre nuestro que estás en los cielos», para distinguirlo del padre de Satán, que es malo y padre de los malos. Y «Líbranos del mal» significa, obviamente, que piden ser librados del maligno, que es el tentador de los fieles y el amo de este mundo. «Hágase tu voluntad» implica que esa voluntad aún no se ha cumplido, puesto que el universo material es la creación de Satán.

Los dualistas absolutos tenían una especial veneración por el Evangelio de Juan, ya que veían en él una significación dualista. Véase la interpretación del siguiente versículo, tanto desde la perspectiva ortodoxa, como la heterodoxa:

En el versículo 1,4 dice: «Todo lo que había sido hecho en Él (Jesucristo) [...] era la Vida, y la Vida era la luz de los hombres». Lo que significa que todo cuanto existe ha sido hecho en Jesucristo y que, por lo tanto, nada ha sido hecho por el Diablo y no hay más que un solo creador. Los cátaros comprendían el versículo de modo muy distinto, modificando la puntuación: «Todo lo que había sido hecho en Él...era la Vida». Y esto significaba para ellos: «(Sólo) todo lo que había sido hecho en Él era la Vida», con lo que quedaba bien entendido que había otras cosas que habían sido creadas por el Diablo (y que

no eran la Vida, sino la Muerte). La traducción católica actual es muy clara y, naturalmente, no tiene nada de dualista: «Él era la vida de todo ser». A su manera, la de los cátaros era muy clara y, naturalmente, dualista: «[Sólo] lo que había sido hecho en Él, era vida» (Nelli, 1997: 112).

Así pues, a este mundo no se le considera creación del dios celestial, sino que ha sido creado por una divinidad inferior, por lo tanto este mundo es por esencia maldad y es una tierra extranjera. Este mundo, creación diabólica, es una falsa creación; es vano, ya que carece de fundamentos auténticos; es transitorio, o sea, está sometido a cambios; es corruptible, tendiente a la nada.

La creación maligna no comprende más que cosas malas, vanas y transitorias. No está basada en el Ser. Sólo tiene realidad para la percepción empírica, para los sentidos corporales creados por Satán. Este mundo no tiene nada en común con el mundo celeste e invisible, donde habitan las entidades incorruptibles y eternas.

Por esta razón, los cátaros, al igual que los gnósticos, experimentaban un sentimiento de total enajenación, se sentían arrojados al mundo, sufrían una especie de extrañamiento, eran extranjeros en esta tierra dominada por el mal, sentían que su espíritu se sumía en el sueño, en el olvido, en la embriaguez; tanto el mundo como el propio cuerpo eran cosas extrañas, éste era considerado como un calabozo del que había que huir. Se sentían en exilio, eran

extranjeros al mundo y el mundo les era extranjero. Por ello mostraban un total rechazo al cuerpo y al mundo. Varias citas del Nuevo Testamento exponen este rechazo en el *Tratado cántaro* de Bartholomé:

Sobre el presente mundo perverso y malvado y enteramente puesto en la maldad, dice Santiago en su epístola: «Adúlteros, ¿no sabéis que la amistad de este mundo es enemiga de Dios? Por ello, quien pretenda ser amigo de este mundo se hará enemigo de Dios» [Sant 4,4]. Y Pablo: «Porque pasa la apariencia de este mundo» [1 Cor 7,31]. [...] «Esto yo afirmo, hermanos, que la carne y la Sangre no pueden entrar en posesión del reino de Dios» [1 Cor 15,50] (en Zambon: 145 y ss.).

Giovanni di Lugio, en su *Libro de los dos principios*, cita la primera Epístola de Juan:

Carísimos, no améis el mundo ni lo que hay en el mundo. Si uno ama al mundo, no está en él la caridad del Padre. Porque todo lo que hay en este mundo es concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y soberbia de la vida, la cual no es del Padre, sino del mundo. El mundo pasará y su concupiscencia con él; pero quien hace la voluntad del Padre permanece para siempre [1 Jn. 2, 15-17] (en Zambon: 83).

Así pues, este mundo es:

«Vanidad de vanidades y todo es vanidad» [Ecl. 1,2]. Y además: «He visto cuanto sucede bajo el sol, y hete aquí que todo es vanidad y aflicción del espíritu» [Ecl. 1,14]. Y además: «Cada cosa tiene su tiempo, y en el momento prescrito todo pasa bajo el sol: tiempo de nacer y tiempo de morir» [Ecl. 3,1-2]. Y además: «Todas las cosas están sujetas a la vanidad y todas tienden hacia un mismo lugar; están hechas de polvo y al polvo volverán» [Ecl. 3,19-20]. Y además: «Por eso aborrecí la vida, al ver que todas las cosas bajo el sol son malvadas y que todo es vanidad y aflicción del espíritu» [Ecl. 2,17] (en Zambon; 83).

El mundo está pues, en la maldad y no hace falta amar al mundo ni las cosas que hay en él, ya que estas cosas no pertenecen a Cristo ni vienen del Padre. Así pues, se rechaza este mundo porque no es el reino de Dios.

## Conclusión

Así pues, la solución al problema del mal propuesta por Giovanni di Lugio argumenta que no fue el Dios perfectamente puro y bueno quien creó este universo lleno de infamia y de mancha. El Amor no engendra más que Amor. Sólo el odio puede concebir el odio, y es el Mal el que ha creado el Mal. En otros términos, al comienzo de los tiempos no había una, sino dos divinidades: un Dios

absolutamente bueno, que creó todo cuanto existe en el universo de Amor, de pureza, de Bien; y un Dios absolutamente malo, a quien hay que imputar todo el Mal que encierra el universo. Las dos creaciones contradictorias se entremezclaron para producir el mundo que conocemos y, más particularmente, a la humanidad.

Por esta razón, los seres humanos, son ángeles caídos encarnados en envolturas mortales, no tienen, en cuanto individuos, ninguna dignidad ontológica. Han sido creados en parte por Dios, en parte por Satán, por lo tanto poseen dos naturalezas contradictorias, son una mezcla de verdad y falsedad, de realidad y apariencia, de bondad y maldad, de ser y de nada; el ser humano está destinado a permanecer como un trágico nudo de contradicción y sufrimiento.

## Bibliografía

- Agustín, San. (1983). *Confesiones*. Madrid: Sarpe.
- Agustín, San. (1978). *Obras Completas*, Tomo III. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos.
- Biblia* [NC]. (1985). E. Nacar y A. Colunga (Trad.). Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos.
- Beuchot, M., (2000). *Introducción a la filosofía de Santo Tomás de Aquino*. México: U.N.A.M.
- Nelli, R. (1997). *Diccionario del catarismo y las herejías meridionales*. Barcelona: José J. De Olañeta.

- Nelli, R. (1989). *Los cátaros ¿Herejía o democracia?* Barcelona: Ediciones Martínez Roca.
- Tomás, Santo (1988). *Suma Teológica*. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos.
- Tomás, Santo (1985). *Suma contra los gentiles*. México: Porrúa.
- Zambon, F. (Ed.). (1997). *El legado secreto de los cátaros*, Cesar Palma (trad.). Madrid: Ediciones Siruela.